

Del mismo autor:

- AGUA DEL TIEMPO. — Editores: "Palacio del Libro". — Montevideo (Agotada).
- POEMAS NATIVOS. — Editores: Monteverde y Cía. — Montevideo.
- INTEMPERIE. — Editores: "Palacio del Libro". — Montevideo.
- POESIAS Y LEYENDAS PARA NIÑOS. — Editores: Monteverde y Cía. — Montevideo.
- RONDA CATONGA. — Editores: Monteverde y Cía. — Montevideo.
- CORRALITO. — Editores: Monteverde y Cía. — Montevideo.
- LOS ROMANCES CHUCAROS. — Editores: Impresora Uruguaya. — Montevideo (Agotada).
- ROMANCERO DEL SUR. — Editores: Monteverde y Cía. — Montevideo.
- LEYENDA. — Editores: Imprenta Nacional. — Montevideo.
- CUENTOS Y LEYENDAS DEL RIO DE LA PLTA. — Editores: Guillermo Kraft. — Buenos Aires (Agotada).
- LEYENDAS AMERICANAS. — Editores: Emecé. — Buenos Aires (Agotada).
- ANTOLOGIA POETICA. — Editores: Losada. — Buenos Aires (Agotada).
- CUENTOS DEL URUGUAY. — Editores: Espasa-Calpe. — Buenos Aires.

Próximos a aparecer:

- LENGUARAZ (Temas del folklore). — Editores: Guillermo Kraft. — Buenos Aires.
- ROMANCES DE CARNE Y LUZ. — Editores: Botella al mar. — Buenos Aires.

Teatro

- SANTOS VEGA (Misterio). — Editores: Botella al mar. — Buenos Aires.

Fernán Silva Valdés

**Poemas
nati
vos**

POEMAS NATIVOS

MONTEVIDEO
NOVENA EDICION AUMENTADA

A la memoria de mi padre
Fernando Silva y Antuña,
este libro, donde canto
las cosas que él también
tanto amó. — F. S. V.



Fernán Silva Valdés

POEMAS NATIVOS

NOVENA EDICION
(AUMENTADA)

Talleres Gráficos de A. Monteverde y Cía.
Treinta y Tres 1475 — 1951 — Montevideo

El pago

I

Es un rincón de América vigilado por los teruteros.

Tiene un río charrúa
con montes siempre verdes e islotes encantados;
los indios en su lengua le llamaban
el río de los pájaros pintados.

Las olas al correr deletrean su nombre,
ahuecando las *úes* y puliendo las *tes*...
¡Cómo endulzan la boca los nombres guaraníes!

Tiene (digo) tenía, una mujer hermosa,
que lloró al despedirme y a quien nunca más vi;
una mujer que les gustaba a todos
y sobre todo a mí.

Aunque en él nada ocurre que le interese al mundo,
 todo allí es comentado como acontecimiento:
 que han aullado los perros porque anda una "luz mala";
 que el río no da paso; que ha cambiado el viento;
 que murió la calandria guachita que cantaba en el tala.

Quejándose de pobre,
 quejándose de vieja,
 allá, de tarde en tarde
 pasaba una carreta;
 con sus bueyes guampudos de pinta criolla,
 y el carrero, jinete en caballo maceta,
 alegrando el camino con la picana al brazo,
 con un canto en la boca
 y una flor colorada en la oreja.

En sus campos verdes, en sus campos oros,
 cuando los días caen sangrando su color,
 ante el horizonte los cuernos de los toros
 le improvisan paréntesis al sol.

II

Es un rincón de América vigilado por los terutereros.

En sus días de fuego,
 cuando la sombra se hace densa y menor,

la chicharra invisible, patrona de la siesta,
 hace dormir los árboles con su agreste arrorró.

En sus tardes serenas vienen bajando al llano,
 como por escalones de cerros y colinas,
 las notas alargadas que suenan los cencerros
 colgados al pescuezo de las yeguas madrinas.

A veces, por la noche, un jinete emponchado
 galopa pitando su pucho de chala,
 y a la noche oscura le va dando estrellas
 en cada pitada.

Luego un silencio noble
 se extiende por el campo;
 los ranchos apagan
 su ojo iluminado;
 y la noche se acuesta
 sobre el poncho del pasto,
 hasta que amanece el día
 en el canto de los pájaros.

Y al amanecer
 parece que en las cosas aleteara el afán
 de agradar al Creador:
 y así el ceibal florido tiene el color del vino,
 y el trival sazonado tiene el color del pan.

III

Es un rincón de América vigilado por los teruteros.

Está como embrujado por cuentos y leyendas;
 por un cerro encantado que clarea de ánimas;
 y una novia vestida con túnica blanca,
 que se asoma al sendero
 cuando mengua la luna en domingo,
 y al jinete que pasa se le sienta en el anca del pingo.
 Está como embrujado por cuentos y leyendas:
 en la gran cocina, cerca del fogón,
 algún gaucho viejo
 relataba sucesos de un tiempo mejor;
 cuando aquel caudillo,
 en tal revolución
 desafió al contrario y se atropellaron
 bien montados los dos;
 y habiendo mojado por igual las chuzas,
 uno cayó hacia un lado, otro hacia atrás cayó;
 y heridos y de a pie
 siguiéron todavía la pelea a facón...
 unos dicen ganó el colorado,
 y otros que el blanco ganó.

Así iban pasando pedazos de historia
 por la voz erizada de lanzas del viejo narrador.

IV

Es un rincón de América vigilado por los teruteros.

Allí los hombres son todavía románticos;
 hasta el mozo más crudo, en la mala fortuna
 suele amenguar sus cuitas
 cantando en la guitarra "tristes" y vidalitas.

En los meses de otoño se siembran los trigos,
 se hace en el verano la recolección,
 y allá, de tiempo en tiempo se va a alguna fiesta,
 al trote chasquero del pingo mejor.

☞ ☞ ☞

Paisajes,

canciones,

labores;

flores,

y al linde: el cementerio sin cura ni ciprés,
 donde se piensa en serio por la primera vez.

A un río

Río

condenado a jadear como los pechos;
condenado a pasar como las horas;
arteria que conduce la sangre del ocaso
al corazón sediento de la tierra,
y se ciñe al paisaje
como a un ramo de flores una cinta.

Río que en sus ondas
ritma el vaivén del tiempo,
y es como una bandera que flameara
a lo largo, a lo largo de las patrias.

Te adornas en la espuma;
te enojas en los riscos;
te aburres en los puertos;
y cambias de color por cualquier cosa:
por una nube que pasa...

El hombre que te explota y aprovecha
te hace plena justicia sin saberlo,
pues te ocasiona el tajo de una quilla
y te da la alegría de una veta.

Naces en una gruta de la montaña;
bajas al llano y andas muchas jornadas;
y al sentirte cansado
formas un lago y sueñas...

Eres como los hombres cuando cantas;
eres como los hombres cuando ruges;
y mejor que los hombres, porque ellos
llevan consigo sus instintos malos,
y no tienen orillas donde echar sus resacas.

Río

condenado a jadear como los pechos,
cuando cantas
no sé si estás colérico o alegre,
pues siempre lo haces mostrando tu espuma;
eres como los hombres cuando enojan
y eres como los hombres cuando ríen,
que siempre lo hacen mostrando los dientes.

Río;

ignoro si eres noble o eres vil;
llevas oro escondido en tus corrientes
pero en tu superficie baila el sol.
Eres noble — río —
la nobleza más vil es la del oro
pero el oro más noble es el del sol.

El ombú

Arbol americano
que tienes mala sombra, según una leyenda;
que tienes sombra buena según la realidad.

Copudo, sombrío, verde, y casi siempre solo;
arriba, anidan los pájaros;
abajo, anidan los hombres.

Tú les das una rama para su nido;
tú les das un reparo para su rancho;
y ellos en cambio alegran tu tristeza
haciendo nacer en ti la madrugada;
la madrugada:
¡botón rosado de la flor del día!

Sobre tus raíces grandes y atormentadas
— el sombrero en la nuca y el barbijo en el labio —
se sentaron los rudos guitarreros
de manos varoniles y musicales,

que hacían girar la rueda blanca y celeste
de los pericones nacionales.

Ombú,
padre de la poesía rioplatense,
el redondel de tu sombra
está alfombrado de versos mayores;
el redondel de tu sombra
fué la "Tabla redonda" de los payadores.

1925.



El indio

Venía
no se sabe de dónde.
Usaba vincha como el benteveo,
y penacho como el cardenal.

Si no sabía de patrias sabía de querencias.
Lo encontró el español establecido;
pescador en los ríos, cazador en los bosques,
bravío en todas partes, y cerrándole el paso
con arreos de guerra, vivo o muerto,
siempre como un estorbo, siempre como una cuña
entre él y el horizonte.

Modelado en barro de rebeldías,
pasa como una sombra, desnudo y ágil,
por los senderos ásperos de la Leyenda.
Esbelto, musculoso, retobado en hastío,
entre cobre y rojo estaba su color;
una señal de guerra le hacía punta a su instinto
y entonces, por sus venas
en vez de correr sangre corría sol.

Estético instintivo,
se ponía en el rostro los más vivos colores,
y en la cabeza plumas, como las aves bellas;
si el exceso de adornos no lo hacía más indio,
cuanto más se adornaba se sentía más hombre.

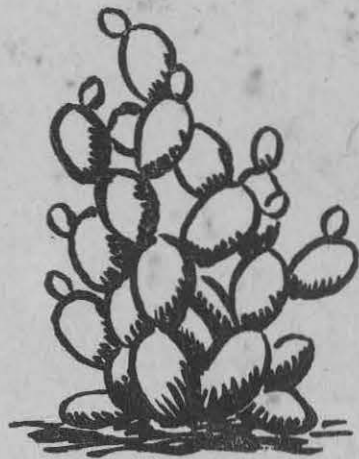
Señor de la comarca,
por un pleito de caza con la tribu vecina
blandía su coraje afilado en el viento;
como los troncos de la flora indígena
era duro por fuera y era duro por dentro;
su única dulzura temblaba en su lenguaje,
como en las ramas de la flora india
tiemblan las pitangas.

Vadeaba los arroyos en canoas;
entraba a las querencias de las fieras,
o ambulaba durante varias lunas
en una aspiración horizontal
— curtido de intemperie,
rojo de sol o húmedo de tormentas —
en los días rayados de chicharras
o en las noches tubianas de relámpagos.

La conquista española enderezó sus rumbos;
y las tribus que erraban por rutas diferentes
se ataron en un haz, alrededor de un jefe,
para rodar a un tiempo,
como las boleadoras.

No sabía reír ni sabía llorar;
 bramaba en la pelea como los pumas,
 y moría sin ruido, cuando mucho
 con un temblor de plumas, como mueren los pájaros.

1920.



Canción al Paraná Guasú

Paranáguasú,
 los indios te llamaban así;
 — Paranáguasú —
Gran pariente del mar, en guaraní.

Paranáguasú,
 gran pariente del mar,
 canto de agua y espuma
 el primero que oí.

Paranáguasú,
 yo soy tuyo, tuyo desde que nací,
 y mis cantos están
 cantados para ti.

Paranáguasú,
 si amor con amor se paga,
 el día en que yo me muera
 tú me cantarás a mí.

1925.

La bola

Guardo una bola indígena
que es adorno en mi mesa.
He tenido que hacerle un soporte de palo
para que se esté quieta;
era una piedra nómada,
y por eso le queda
una antigua costumbre de rodar.

Es obra interesante de la época aborígen;
de artista fué la mano, que aplicada y atenta,
la dejó así ovalada,
como si fuera fruto de nuestra edad de piedra.

El indio la esgrimía en la punta de un tiento,
revoleándola rápido por sobre su cabeza;
de este modo la bola, girando alrededor,
lo envolvía en una aureola de piedra
tal como si intentara hacer del hombre un dios.

Pampa y viento

En la Pampa inmensa;
en la Pampa que es campo y es cielo.

Arenilla en la boca, en los pliegues del poncho,
en los bollos del sombrero;
arenilla en todo, arenilla hasta
en el ruido que hace el cuchillo
al salir de la vaina.
Y atrás, volando, el viento, borroneador de huellas;
el viento como un gran pájaro afónico
con alas invisibles y buche de nube de tierra.

Mi caballo al galope
va dejando una siembra de pisadas sin cuento;
pisadas para el pico,
pisadas para el buche,
del viento!

Canto a un lago de América

Lago de América,
ojo de la Tierra,
fantástica pupila que se impregna de azul
en una milenaria amistad con el cielo.

Lago de América,
bebedor de nubes en cristales celestes;
espejo del paisaje
guardado por el marco verde del monte.

Lago de orillas musicales
volado curvamente — de horizonte a horizonte —
por aves de bellos colores;
— de horizonte a horizonte —
tal como si quisieran pintarle un arco iris.

Lago surcado por indios de frente emplumada,
en canoas fantasmas,

durante las noches de luna,
a la hora en que aclaran las leyendas
americanas.

Lago: quede mi canto en ti, vivo y lozano
como una flor de camalote.

1925.



Los potros

Son cuatrocientos potros
trotando, trotando, trotando.
Van como una tormenta
hecha de un trueno largo
y de una nube parda;
los cuatrocientos potros — casi todos de pelos oscuros —
van como una tormenta
con relámpagos tordillos blancos.

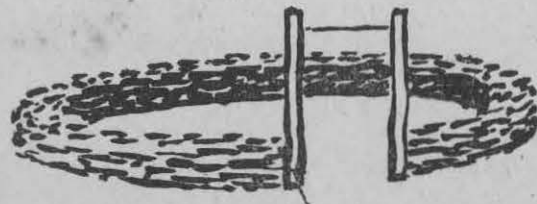
Jinetes en caballos ha tiempo arrocinaos;
sacudiendo los ponchos de calientes colores,
mal doblados en pliegues y colgantes del brazo,
con silbidos y voces
los troperos los van azuzando.

Así marchan los potros
trotando, trotando, trotando.
Cuando encuentran un río
lo vadean a nado,
y por unos momentos solamente se ven
las cabezas ansiosas a flor de agua boyando.

Al salir a la orilla,
jadeantes y empapados,
agachan las orejas, se sacuden las crines,
relinchan unos cuantos,
y en seguida, otra vez
son cuatrocientos potros trotando, trotando, trotando.

Cuando llegue la noche, cumplida la jornada,
— previendo una posible disparada de potros —
los troperos harán cuatro fuegos bien grandes
que arderán a la vez en las puntas del campo;
luego, mientras vigile quien se quede de ronda,
hombres y animales buscarán el descanso;
¡y los potros salvajes dormirán sin saber
que su albedrío ha muerto, y que lo están velando!

1925.



Gaicho

Gaicho:

naciste en la juntura de dos razas,
como en el tajo de dos piedras
nacen los talas.

Con un poco de tierra y otro poco de cielo,
amasaste el adobe para construir tu rancho
lo mismo que el hornero;
por eso yo te veo ascendencia de pájaro.

Eras

una mitad hacia abajo y otra mitad hacia arriba;
una mitad de tierra y otra mitad de cielo;
una mitad de carne y otra mitad de alas;
carne tu forma física,
alón tu forma lírica;
y si eso no bastara para llamarte alado:
alas en tu caballo
alas en tu sombrero,
alas todo tu poncho,
alas a media espalda flameando en tu pañuelo,

y alas también llevabas fijas en los talones:
las agudas rodajas de tus espuelas.

Gaicho:

naciste en la juntura de dos razas,
como nacen los talas
en el tajo de dos piedras.

1930.



La nazarena

Te llaman nazarena
por tu parecido
con la corona de espinas
que le pusieron a Cristo.

Espuela nazarena,
imagen del castigo;
rosetón de fierro
que tiene pinchos en lugar de pétalos.

Espuela nazarena, con las grandes rodajas
sucias de sangre negra,
y en las grandes rodajas, envueltos todavía
pastitos enrulados y flechillas abuelas.

Eres una moneda que ha echado dientes;
eres una moneda,
que a golpes de trabajo y a golpes de belleza,
ha subido hasta estrella.

Ya no sabes morder, y sin embargo, antes
te nutrías con la carne de los potros;

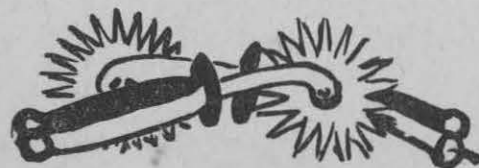
y al influjo de tu amarga mordedura,
los centauros magníficos de la América india,
volaban por los campos
como si a sus talones le nacieran alitas.

Cuando te hago saltar entre las piedras
suenas a patria vieja,
a silbido de arreadas, y a clarín, y a pelea.

Contigo en los talones yo no sabría andar,
pero a pesar de todo
bendita sea la mano que te trajo hasta mí;
cada uno a su modo, yo también te sé usar;
con el gaucho rodabas, con el poeta subes;
si al abuelo ayudaste a volar por la tierra
al nieto has de ayudarle a volar por las nubes.

¡Nazarena,
yo también te sé usar!

1932.





El payador

Payador de melenas nazarenas;
poeta del desierto,
todavía sin bronce y sin estampa;
orillando los siglos has llegado hasta América:
tu estirpe abrió los ojos en Provenza
y los cerró en la Pampa.

Señor de las cuatro lejanías;
libre y aventurero
ambulabas sin rumbo, y sin embargo,

latían todos los rumbos
debajo del alón de tu chambergo.

Sencilla era tu brújula;
cualquiera de los puntos cardinales
para ti era el Norte;
y el único cerco que lograba encerrarte
era el del horizonte.

Vivías a la buena o a la mala ventura
— igual a una semilla fuera del surco —
carozo de alegría que en cuanto se aquietaba
se abría hasta ser árbol,
llenando todo el pago de músicas y fiestas,
como el ombú pampeano abarca todo un pago
desde su corpulencia.

No exigías gran cosa para lucir tu arte:
una copa; un contrario; si era gallo mejor;
como tienen los pájaros su trino en la garganta
tú contenías toda la poesía en la voz.

La guitarra en tus brazos era como una hija
pequeñita y sin madre,
a quien tú le cantabas para hacerla dormir;
la guitarra en tus brazos era como una madre
cuya leche, escurrida por calientes arterias,
ha llegado hasta mí.

Levantado hacia atrás con orgullo el sombrero,
te apretaba el barbijo la nube de la barba;

y entre la barba y el bigote unidos
—cada vez que cantabas —
tu boca amanecía como un churrinche en su nido.

El cráneo de un vacuno te servía de asiento
—y si picabas alto— de trono un mostrador;
oyentes primitivos sentados en cuclillas
te escuchaban solemnes, puestos en derredor;
y desde los palenques,
un coro de coscojas venía a acompañarte
con la carraspera férrea de su son.

Entre cosas de viejo e intuiciones de niño,
eras bueno, eras malo, todo, ¡qué más remedio!
vuelta a vuelta te echaban al camino del medio
por aquí el malón rubio; por allá el malón indio.

Pelo negro o canoso, difícil darte edad;
la Suerte, si era mala, te doblaba los años;
hijo de la intemperie, ¡cómo eras de rudo!
hijo de la Fortuna, ¡cómo eras de sabio!
tu hilacha de dulzura, es verdad, la mostrabas
en la punta de los dedos y en el filo de los labios.

Vivías en belleza pero sin tú saberlo;
natura, siendo ciega, hace el bien como el mal;
si la lluvia al mojar te ensuciaba de cielo,
te alzaba el arco iris una entrada triunfal.

Arbol dorado

En mi tierra hay un árbol de oro y espinas,
— oro y espinas, todo un símbolo de América —;
oro de buen olor,
yo me enriquezco de él
como un moderno conquistador.

Dando mezquina sombra vive años y años,
sin leyendas que lo hagan ni mejor ni peor;
el invierno lo deja desnudo
y el buen tiempo lo viste con borlitas de sol.

Bien florecido alumbra; yo me encandilo en él;
parece un candelabro de mil luces doradas
que se ilumina sólo, como de adentro afuera,
para la velada de la primavera.

Es tan maravilloso que al verlo amanecer
así encendido, pienso que la noche anterior
los bichitos de luz han estado de fiesta,
durmiéndose olvidados de apagar su farol.

Raro destino el suyo, ser bello y luego útil;
muerto para el paisaje, nacer para el fogón,
y arder en brasas toda una faz de la luna...
¡envidiable destino, ser cada vez mejor!

El rancho

Retobado de barro y paja brava;
 insociable, huyendo del camino,
 no se eleva, se agacha sobre la loma
 como un pájaro grande con las alas caídas.

Gozando de estar solo,
 y atado a la tranquera a ras de tierra
 por el tiento torcido de un sendero,
 se defiende del viento con el filo del techo.
 Su amigo es el chingolo;
 su centinela gaucho el terutero.

Por la boca pequeña de una ventana
 apura el medio día en un solo bostezo;
 de mañana despierta con el canto de un gallo
 y de noche se duerme con el llanto de un niño.

Es creyente a la vez que fatalista;
 a supersticioso nadie lo iguala;
 se persigna al chistido de la lechuza
 o se tapa los ojos por no ver "la luz mala",

y se encorva de miedo cuando aúllan los perros
 — con las cerdas del lomo despeinadas —
 porque pasa la Muerte, chúcara e invisible,
 montada en pelo
 en la yegua sin freno de la Leyenda.

Es torvo como el gaucho hasta en su mansedumbre;
 como aspira tan poco nunca sale de pobre;
 y guarda con orgullo como único tesoro
 — expuestas en un marco con alardes artísticos —
 la estampa de un caudillo
 y una divisa bordada en oro.

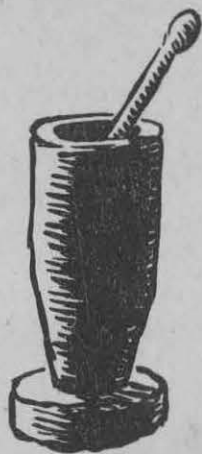
Ni altivo ni bizarro, humilde, nada más;
 ignorante a la gracia y al donaire,
 adornan su mal gesto curtido de intemperie
 un nido de hornero y un clavel del aire.
 Es viejo ya, sus quinchas han visto tres patriadas;
 agringarse los criollos, acriollarse los gringos;
 si no le salen canas le nacen cicatrices,
 y aceptando el destino de concluir en tapera,
 mira pasar los años y crecer los gurises
 echado boca abajo y con el lomo al sol.

En los atardeceres en que se pone triste
 revisa sus recuerdos de un vistazo hacia adentro
 y encuentra cuatro fechas que lo hicieron vibrar;

cuatro fechas que son
 los puntos cardinales de su emoción:
 una boda, un velorio, un nacimiento,
 y una revolución.

Cuando se quede solo, sin poder con el viento,
 y caiga de rodillas, será tan poca cosa;
 su historia tan vulgar: un placer, una cuita,
 que cabrá en las seis cuerdas de una guitarra
 y en los seis suspiros de una vidalita.

1921.



Leyenda de la flor de ceibo

Me lo dijo un indio viejo y medio brujo,
 Que se santiguaba y adoraba al sol:
 los ceibos del tiempo en que yo era niño
 no lucían flores rojas, como hoy.

Pero una mañana sucedió el milagro,
 — es algo tan bello que cuesta creer —
 con la aurora vimos al ceibal de grana,
 cual si por dos lados fuera a amanecer;

Y era que la moza más linda del pago,
 esperando al novio, toda la velada,
 por entretenerse se había pasado
 la hoja de un ceibo por entre los labios.

Entonces los ceibos, como por encanto,
 se fueron tiñendo de rojo color...

Tal lo que me dijo aquel indio viejo
 que se santiguaba y adoraba al sol.

1925.

El poncho

Pobre mi poncho viejo, ya lo estaba olvidando!
 Para que se oreara lo he dejado
 extendido en el cerco;
 y luego de una noche a la intemperie
 amaneció cubierto de rocío,
 húmedo de alborada,
 húmedo y estirado
 como si el viento se lo hubiera puesto.

Pobre mi poncho viejo, vas perdiendo el color!
 También, no es para menos
 con las lluvias y las tormentas
 que te han lavado;
 con los soles y los veranos
 que te han secado;
 y aun te quedan abrojos prendidos en los flecos;
 abrojos amarillos
 que parecen semillas de recuerdo.

En el baúl causabas
 impresión de abandono, pero ahora
 que te ha dado la noche, y el cielo, y el sol,

eres casi el de antes, todavía conservas
 sabor a crín de potro, y a campo, y a fogón.

Pero entonces tenías algo de heroico;
 el invierno y el viento te ponían romántico;
 con tus listas marrones y con tus listas claras,
 flameabas en mi cuerpo, como una bandera
 de la que yo era el asta.
 Entonces
 eras una bandera y eras un aletazo.

Aun estás saturado de otro tiempo;
 del tiempo en que mi vida se agitaba
 debajo de tu gran cuadrilongo,
 y las puntas de mi golilla
 se abrían en el aire, enlazándome el cuello
 como si fueran dos bracitos blancos.
 Poncho, cuando te extiende no cabes en el cuarto;
 te pasa lo mismo que a mí me pasaba:
 cuando vine del campo no cabía en el pueblo.

Poncho
 que después de una noche a la intemperie
 amanece cubierto de rocío,
 húmedo de alborada,
 húmedo y estirado
 como si el viento se lo hubiera puesto.

El pericón

Tú estabas ya en las danzas de recogida cola
e inclinada cerviz,
y en una carabela con bandera española,
una vez arribaste a las costas del Río de Solís.

Mas, en la travesía te alumbró el cielo, el sol,
franjeándote el espíritu de azul y de arrebol;
te hiciste abanicar
por los vientos salados del mar,
y al entrar en las aguas del gran río
era más de salud y de bronce el color de tu tez,
porque había volado a la vela más alta,
como una gaviota blanca tu palidez.

Después luciste encajes en los pueblos del Plata,
y chiripá con vivos en los del interior;
las patricias te dieron sus graciosas lazadas celestes,
los gauchos, sus golillas de dudoso blancor;
en carne viva América te dibujó su sello,
y te hiciste plebeyo y amaste la sonora guitarra
porque eras plebeyo y porque eras varón.

Pericón, pericón,
bailado dentro el rancho de terrón,
de amarillentas pajas
y de sillas inquietas y cojas,
mientras iban sonando en férreo contrapunto
adentro, las rodajas;
afuera, las coscojas.

Eras una figura
compuesta por siluetas de hombres y mujeres;
las trenzas de las mozas garridas te adornaban con flores:
acá una flor blanca, allá otra colorada;
y eras una teoría y eras una bandada
de cambiantes colores.

Tenías una rueda
que era rueda de amor;
un viejo bastonero
que mandaba en el baile con retozona voz;
una pareja tímida para entrar a la rueda,
y un gaucho bailarín, que en el momento de la relación,
ofrecía a la china
— mal atado en el yuyo de un verso —
su corazón...

Tenías una rueda y un pabellón también,
construido con pañuelos y la palabra: *Patria*,
que en los tiempos mejores se decía tan bien;

y siempre que formabas tu hermoso pabellón
alzando esos pañuelos, con bizarra elegancia,
asemejabas una enorme escarapela
abriéndose en el aire caliente de la estancia.

En campos y en poblados fuiste el baile mayor;
te alumbraba un candil en los ranchos
o la luz de la luna en las lomas;
¡oh baile rioplatense, ceremonioso y gayo;
bandada pintoresca de águilas y palomas
con las plumas aun chamuscadas por el fuego de Mayo!

1925.



Bajo un árbol

Yo quisiera acostarme bajo un árbol,
bien envuelto en mi poncho,
sobre los yuyos verdes y fragantes;
y con los ojos a medio cerrar
ver nacer y agrandarse los astros
de una noche americana.

Yo quisiera acostarme holgadamente
y dormir, y dormir,
con el sueño tranquilo que antes tuve,
mareado por el aire puro y agrio del campo,
y arrullado como un niño
por la voz afónica del silencio.

Yo quisiera dormirme bajo un árbol
con un sueño de niño,
y luego despertarme fresco y ágil
entre los pliegues de mi poncho,
a la hora en que el alba en el oriente
está como un relámpago que se ha quedado inmóvil.

1925.

La carreta

Entre dos picaneadas
viborea la hilacha musical de un silbido...

Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
Trae bueyes manchados
y el carrero de siempre,
que es un poco compadre
y otro poco romántico;
usa tras de la oreja
un caliente clavel colorado;
monta un caballo lerdo y esgrime la picana
con soltura en el brazo;
esa brava picana con la que ha tiempo viene
— desde los horizontes naranjas o encarnados —
azuzando a los bueyes
y midiendo el largor de los pagos.

Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
Un arroyo risueño
quiere atajarle el paso con su cinta celeste;

caen al agua las ruedas, y el arroyo, que es bueno,
— pagando bien por mal —
con su propia agua herida le va colgando flecos.

Y más allá es un cerro
que la convida al ocio,
mostrándole de lejos sus piedras de colores,
que son como cristales que le han sobrado al cielo.

Pero la carreta no repara en ello,
porque lleva al costado
otra cosa más linda, otra cosa mejor:
la boca del carrero, viva y húmeda,
frunciéndose en silbido o abriéndose en canción.

Y el carrero entre canto y silbido
se da a soñar
y a fantasear:
la hora de la tarde,
un rancho,
una ventana
cuadrículando un rostro que se escondió fugaz,
y entre las dos arrugas de su frente curtida,
aquella ventanita es como un ojo más.

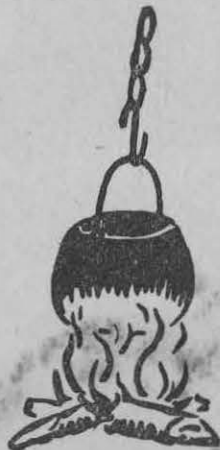
Mientras el hombre sueña las yuntas laboran
hundiendo la pezuña y agachando el testuz;

bajo la T mayúscula que hacen pértigo y yugo,
parece que llevaran, más que una T, una cruz.

Prosigue envuelta en polvo la rústica carreta;
lleva un dolor de ejes como un dolor de huesos;
rueda tembleque y rota
de tanto dejar cargas al portal de los pueblos,
tal como esas mujeres viejas y enflaquecidas
de tanto dejar hijos al portal de la vida.

Enfrente a una carreta me voy sintiendo niño.
A pesar de su facha claudicante y grotesca,
y su andar sin premuras, su andar de caracol,
tiene algo de alado y algo de tiempo antiguo;
y todo porque un buey se llama: "golondrina"...
y porque otro buey se llama: "picaflor".

1935.



Brujería

Indio curandero
ducho en ocultas ciencias,
dame algún talismán
para que ella me quiera.

Dame algún talismán
compuesto con tres plumas
y con piedritas negras,
y con piedritas negras como los ojos de ella.

Ve que las plumas sean
las de mayor virtud,
de ala de caburé
o ala de urutaú.

Colgado de una cinta
azul y *sin pecar*,
lo llevaré en el pecho
y él me acompañará.

Me pedirás, en cambio, lo que quieras pedir:
 el cordero más gordo o el potro más cerril;
 pero han de ser sus plumas las de mayor virtud;
 ¡plumas de caburé, plumas de urutaú!

1925.



Paisaje de verano

Está lloviendo con sol,
 se ha de componer el día,
 y cuando llegue la noche
 a pasos lentos,
 el cielo se habrá dormido
 con los ojos abiertos;

y nos iremos al campo,
 cuando los bichos de luz
 por acercarnos el cielo
 jueguen a las estrellitas.

Está lloviendo con sol;
 se ha de componer el día.



1925.

Parando rodeo

Bajo el júbilo rosa de la madrugada,
por el campo poblado de gritos y de vuelos
de teruteros,
aparecen los peones de la estancia
montados en caballos de variados pelos,
sumando a los silbidos de los chingolos
sus silbidos cancioneros.

Los ojos avizores de los jinetes,
descubriendo el rumbo trazan derroteros;
que los ojos del hombre son como sus vanguardias:
ellos a todos lados llegan primero.

Unos llevando el poncho esgrimido en el brazo,
otros llevándolo puesto,
al trote y al galope
de sus caballos diestros,
se tienden por el campo
y sus rumbos certeros,

son como las varillas
de un abanico inmenso
que hasta el horizonte se va abriendo.

Y ya en el horizonte los bizarros jinetes,
agrandados y rojos, vistos como en un sueño,
embolsan en sus curvas miradas y en sus voces,
y en sus carreras y en sus movimientos,
los ganados tristes y mugidores;
y el abanico inmenso,
con varillas de rumbos y con tela de ponchos
se va cerrando, lento,
hasta dejar en el sitio de siempre
parado el rodeo.

1925.



Alma en pena

Con el sombrero gacho puesto sobre los ojos,
por el campo, en la noche, sin saber hacia donde
voy andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

He pasado tres veces por el mismo sendero,
y tres veces me he herido en las mismas espinas,
andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

Mañana, los vecinos dirán, y con razón,
— prendiéndole a la Virgen un cabito de vela —
anoche, por el campo anduvo una "luz mala";
anoche, por el campo anduvo un "alma en pena"!

1925.

Corral de piedra

Corral de piedra, domador de los ímpetus
de toros bravos y potros crinudos;
plaza para las justas del brazo y de los cuernos;
cancha para la lucha de dos fuerzas,
una salvaje y hábil,
otra salvaje y ciega.

Tus paredes enanas fueron construídas
con piedras fundamentales;
y entre tus límites duros,
el trabajo era un poco progreso
y un poco recreo.

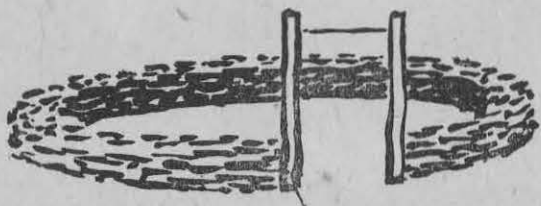
Corral, en otros tiempos
trotado en redondo por las tropillas:
hoy estás muerto, pero aún
tienes tus piedras vivas,
vivas por el yuyito
que le brota a la cara de las piedras.

En tu apogeo fuiste como una aureola
— hecha de sol y de polvo —
santificando las rudas tareas de los campos;

en otros tiempos fuiste un gran anillo,
tosco anillo nupcial para las bodas
de la barbarie con el trabajo.

Corral que estás girando en mi memoria
como un halo de piedra,
como un halo de piedra...
mi canto ha de quedar, preso en tu redondel,
cual los cuernos de un toro en la armada de un lazo.

1925.



Canto de chingolo

Pobre chingolito,
— vidalitay —
lo tomé del suelo,
no podía volar
— vidalitay —
porque estaba enfermo.

II

Con mi mano grande
— vidalitay —
con mi mano ruda,
le hice una caricia
— vidalitay —
por sobre las plumas.

III

No teniendo jaula
— vidualitay —
en donde ponerlo,
lo eché en la guitarra
— vidualitay —
y se quedó quieto.

IV

Bitibío - bío
— vidualitay —
a la media noche,
bitibío - bío
— vidualitay —
lo oímos cantar.

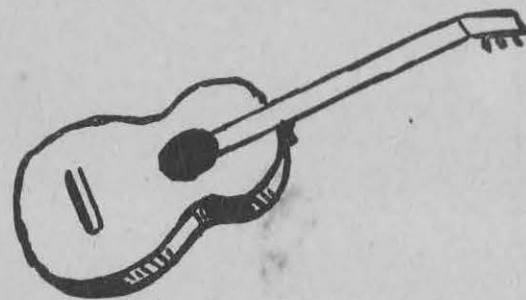
V

Pero al otro día
— vidualitay —
lo encontramos muerto;
pobre chingolito
— vidualitay —
¡ay, vidualitay!

VI

Y hoy mi guitarra
— vidualitay —
tiene nueva voz;
la del chingolito
— vidualitay —
que en ella murió.

1926.



La taba

Sobre la cara tiene la S de la Suerte;
sobre la cara tiene los labios de la Esfinge;
sobre la cara tiene la ∞ del facón.

El jugador la toma con la palma hacia arriba,
y así, sobre la palma, su signo interrogante
es como *la línea de la vida*.

El jugador la eleva sobre la mano abierta;
la vuelve varias veces antes de lanzarla,
y por unos segundos pesa sobre la mano
como un tesoro sobre el platillo de una balanza.

La tierra, desde niña, supo jugar con ella
cual con una muñeca;
muñequita de hueso, hoy amarilla abuela
con un millón de nietos de ojitos pintados,
que ruedan por el mundo con el nombre de dados.

Sobre la cara tiene la S de la Suerte;
sobre la cara tiene los labios de la Esfinge;
sobre la cara tiene la ∞ del facón.

Paisaje al ponerse el sol

El cielo al poniente oro rojo;
al cenit oro pálido; al oriente heliotropo;
y el campo, también oro, —de pasto y sol poniente—
aquí y allá manchado
por la sombra de árboles dispersos,
parece que lo hubieran alfombrado
con el cuero de un tigre gigantesco.
Un ombú y varios ranchos se adornan de misterio;
bajo el ombú, relincha un parejero.
Cerca, canta un chingolo;
lejos, hieren la tarde gritos de teruteros,
y a lo lejos, bajito como a "medio picana",
el sol, antes de irse, limpia sus lanzas
en el agua tranquila de las cañadas.

El clarín

Viejo clarín de las revoluciones,
cuando dabas tu toque de carga
eras un espolín hincándose en las almas.

Viejo clarín, tu historia no es muy santa;
cuando dabas tu toque de muerte en la pelea,
a unos les corrías fuego por las arterias
y a otros les pasabas frío por la garganta.

Viejo clarín de guerra,
atado por el lazo vivo de una divisa
a la historia de estas tierras;
entre nubes de polvo,
al galope y al trote
musical de su potro,
te lucía en la diestra un moreno;
y rodeado de ecuestres figuras
envueltas en ponchos de rítmicos flecos,
cada vez que te daban de filo
los calientes metales del sol,
te encendías de chispas lo mismo que un yesquero.

Y después de la lucha,
cuando dabas al viento tu toque sonoro,
enchufado en los labios desteñidos del negro,
parecías una flor de oro
en un tronco de ébano.

1125.



El buey

Es pesado; es tardío; y hasta cuando está suelto
parece que llevara algo de arrastro.
Camina torpemente,
como si siempre fuera uncido a la carreta.

Camina torpemente pero jamás tropieza,
y entre sus cuernos en forma de cuna
parece que al andar acunara el Progreso.

Su pelo, negro o blanco, es opaco y es sucio;
en cualquier estación tiene pelo de invierno.

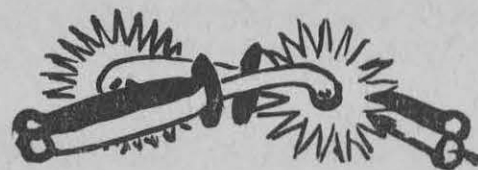
Su vida está partida en dos mitades;
como de arriba a abajo:
de ternero a buey.
Por eso
sin haber sido padre tiene mucho de abuelo.

De mañana, de tarde, se aburre a toda hora;
pero cuando se aburre más que siempre,
en ausencia del hijo que nunca tuvo
se acaricia a sí mismo con dos palmos de lengua.

Es tan inofensivo como su sombra;
es bueno, más que bueno;
no tiene ni un pecado y sin embargo
se castiga los lomos con la cola
como con un cilicio.

El arado es su perro y es el yugo su cruz.
La claridad del día lo sorprende en el campo
soplando humo de aliento a lo largo del surco;
es tan madrugador, que todas las mañanas
por entre sus cuernos se levanta el sol.

1921.



Capitán de mis sombras

Yo, mi caballo y el campo.

Chicotear del lazo en las ancas del pingo;
saludable olor al sudor del montado;
mellizo flamear de la golilla sobre mis hombros;
festivo "pe re ré" de un petiso a media rienda;
dolor perfumado del pasto machucado por los cascos;
horizonte caliente y luminoso que abre cancha a mi au-
[dacia;
verde culebra del monte estirada a lo largo del río.

Yo, mi caballo, el campo
y atrás, galopando sin ruido,
el pelotón de los míos.
Todos los criollos que llevo en la sangre
se corporizan, fantásticos, a mi espalda,
y se oscurecen y se aclaran
en la nube de polvo que levanta mi flete.

Yo, mi caballo, el campo,
y tapando mi trillo el tropel de los míos.

Borrosos en sus barbas y en sus melenas
los voy reconociendo:
aquel es Don Francisco Solano Antuña,
servidor de la patria;
ese otro Juan Venancio Valdés, guerrillero de Oribe;
y Calixto Muñoz, con su escuadrón de locos;
y José María Silva,
defensor de la plaza civil de la Florida;
y Dámaso, su hermano, que murió fusilado;
y subiendo en la hebra del mismo apelativo,
Don Antonio Teodoro, padre de los mentados,
que peleó en "Sarandí" sin salir de sus campos;
y mi padre, mi padre en su caballo overo,
como el del "Fausto",
overo en cuyos lomos aprendí a *ser abrojo*.

Y al galopón por los campos sonoros,
dorados de soslayo por el último sol,
el pelotón de sombras me sigue fantástico y heroico,
embanderado de ponchos y golillas...
y sus miradas duras acampan en mis ojos;
y sus bocas barbudas quieren decirme algo;
y sus manos levantan, hábiles, los pingos silenciosos
— cancheros del aire —
y sofrenan a un tiempo si yo sujeto el mío;
y yo, que sin quererlo voy en la punta,
insisto en "comer cola", respetuoso, asombrado,
deseo dejarlos pasar adelante,
hasta que uno me grita desde su cerrazón,
parado en los estribos:

hacé punta, muchacho, no te achiquen las barbas,
 si el más sabio, el más viejo, *el más toro* sos vos.
 Sos la suma de todos;
 florecés y te alzás de nosotros
 como el árbol se alza de sus raíces.
 Nosotros desde abajo te nutrimos
 de criollismo;
 sos la punta florida de cuatro apelativos;
 cierto que estamos ciegos,
 cierto que estamos mudos,
 más cuando vos cantás
 nos sentimos cantores en las sombras
 porque vos sos *nosotros* cantando por tu boca,
 y el ansia de cantar que en vida mantuvimos
 en tu boca, muchacho, se hace voz;
 no te achiquen las barbas y hacé punta
 que para eso sos el Payador.

Y al galopón por los campos sonoros,
 llevado por el viento y el polvo que ellos soplan,
 punteo sin quererlo — capitán de mis sombras —
 cuarteador de la Muerte,
 luminoso, embrujado,
 envainando mi cuerpo en la noche al bracear del caballo.

El caudillo

Era gaucho;
 vivía sobre el caballo
 cuyas orejas ágiles parecían antenas
 recibiendo mensajes de campos y de selvas.

Tenía rostro tostado y pupilas de brasa,
 y una boca encendida que relampagueaba
 entre la nube negra de la barba.

Madrugador,
 antes que el día se levantaba:
 era él quien partía sobre el filo del alba
 el huevo colorado de las mañanas.

Su mirada era de cóndor,
 y su palabra certera como su bala;
 inmensa su memoria, diría que sin bandas;
 en el claro de su frente iba como pintada
 toda la geografía de la comarca.

Baquiano, su baquía
se tuteaba con cerros y caminos;
como todo los pagos lo conocían de lejos
por las pilchas de plata de su pingo,
él conocía los pagos a la distancia
por la chafalonía de sus ríos.

Era guapo por todos los guapos a la vez,
pues todas las guapezas de los otros
cabían en la suya también.

Su nombre era muy fácil en la boca,
fácil porque sus letras habían acampado
en todas las memorias.

Las mentas de su nombre y de sus hechos
eran onda que andaba por ciudades y campos,
entraba a las guitarras
por la antena del brazo,
y salía trenzada con la música
de los *estilos* y de los *gatos*.

A su voluntad en punta
seguían cabrestando las de diez mil gauchos,
que con marcha de nube
borroneaban los campos.

Cerca suyo trotaba un gran negro
toseo y viril,
que parecía un tronco
floreciendo un clarín.

De su marcha
iba quedando un rastro
de caballos cubiertos de rosas coloradas.

El saciaba su hambre de hombre primitivo
en la carne barata del ganado de nadie,
y eran su agreste postre
burucuyás, pitangas y cantos de zorzales.

Luego pagaba su almuerzo y su cena
dejando sobre la mesa verde de los campos
las grandes monedas de plata
de los fogones apagados.

Altivo y de a caballo,
así estaba en la mente de los gauchos:
altivo y de a caballo
bajo su poncho de color guanaco.

Hombres rubios en nuestros campos

Hombres de ojos azules
y de rubia cabellera,
que vienen a juntar
su vida a la vida nuestra,
y el oro de su pelo
al de nuestra bandera.

Hombres de ojos azules que vienen a sembrar
trigo en nuestros campos,
y a ser trigo ellos mismos
con su color dorado.

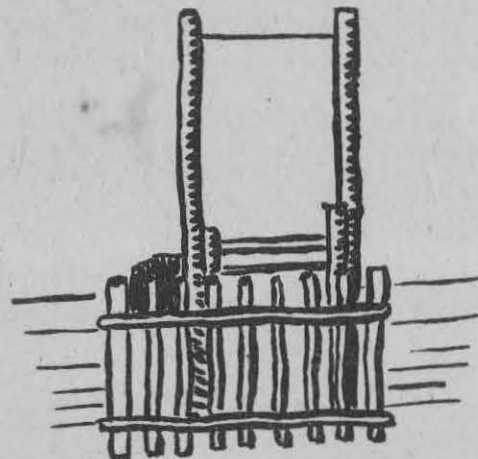
Su melancolía de emigrantes,
se ha de hermanar muy bien con la melancolía
sensual de nuestros paisanos
y de nuestras paisanitas.

Sus pañuelos de vivos colores
han de ser como flores
entre nuestros pastos;

y sus nostálgicas canciones,
y sus vistosos bailes regionales
de figuras bizarras,
se van a colorar de blanco y de celeste,
al influjo de nuestros pericones
y del moño romántico que usaban las guitarras.

Hombres de ojos azules y oro en la cabellera:
cuando una criolla rubia sea la "flor del pago",
habrá una alegría nueva
en los campos uruguayos.

1925.



El sauce

El sauce es el afiche de la melancolía;
sella sus actitudes un luto espiritual;
vive ensayando un gesto cansado de apatía
y verano e invierno le resultan igual.

El sauce me parece el bohemio de la flora;
con su melena rítmica él barre su solar;
a medio día sueña, a media noche llora,
y lo demás del tiempo lo emplea en meditar.

El viento lo despeina en desiguales blondas.
La laguna es el paño de sus lágrimas hondas.
En su historia hay dos hechos de amor y de emoción

que son dos sensaciones en su vida sin ruido:
un pájaro, que hizo entre sus ramas nido,
y un hombre, que en el tronco le grabó un corazón.

Canto al hombre esperado

¿En qué tipo de hombre ha de cuajar tu raza,
América futura,
América civilizada,
América grande?

¿Cuál será el color de sus ojos;
qué luz entre todas las luces
de tu naturaleza
alumbrará los huecos de sus órbitas?

¿Vencerá el azul de tus cielos,
el verde de tus selvas,
el blanco de tus nieves andinas,
o el oscuro, nuevamente,
el oscuro misterioso que colora
los ojos de tus indios?

Y tu carne, y tu cuerpo, ¿qué piel ha de enseñar:
será trigueño por el influjo de tus trigales;
rosado y oloroso como la carne de tus cedros;
o de bronce por la influencia decisiva del sol?

¿En qué tipo de hombre ha de cuajar tu raza,
América futura;
civilizada;
grande?

¿Cómo será por dentro:
decidido y obstinado como tus pamperos;
cursará su vida flanqueado de bellezas
como tus grandes ríos;
será frío como tus nieves;
ardiente como tus llanos;
contemplativo como tus cachimbas;
duro como tus piedras;
fantaseador como los telones
que cierran los horizontes
en las orillas de tus días?

Hombre futuro de América,
eres el esperado;
serás el equilibrio, Sancho más Don Quijote;
serás el tipo de una arquitectura humana;
viva columna jónica
para apoyar sus plantas el Mañana.

Hombre futuro de América,
eres el esperado;
has de venir al mundo trayendo entre las manos
un nuevo corazón como una gran semilla,

para sembrarla en todos los pechos;
para arrojarla como rojos volantes
hacia todos los vientos.

Hombre futuro de América:
has de ser hermoso, has de ser atlético,
has de ser bueno, has de ser sabio;
el dolor y la sabiduría de todos los muertos
habrá preparado la cancha
para tu advenimiento.

Y serás flor racial,
y serás una estrella humana
con las puntas conectadas
en la chispa de todas las razas;
y serás el caudal y serás el desagüe
de todos los tipos de sangre
que golpean las venas del mundo.

¡Hombre futuro de América:
eres el esperado!



Elecciones

Para la fiesta cívica
de las elecciones,
la ciudad se ha vestido su traje
de papel de colores.
Por las calles desiertas,
en raudos automóviles
pasan grandes banderas echadas para atrás;
y por el cielo limpio anda un aeroplano
soltando bandadas de palomas.

Toda la ciudad, como por encanto,
amaneció adornada
con las virtudes de sus candidatos.

De cuando en cuando se oye un toque de clarín,
exceso de entusiasmo civil
lindando en lo marcial
y militar;
un toque de clarín que viene a revolver
antiguas emociones...
pero ya se acabaron las revoluciones.

Yo ando por las calles; a mis oídos llegan
frases incompletas y rotas:

“esperanzas
no están en las lanzas
sino en las balotas”.

Se va haciendo la noche en la ciudad, y la aurora
en el alma de cada ciudadano
del partido del llano.

En el asta bandera de un gran edificio,
flamea y parece arder
la última mancha roja
del atardecer.

La lucha electoral se va cristalizando
en dos casas con almas diferentes,
con las azoteas pintadas de banderas
y las calles circundantes llenas de gentes.

Suenan las bocinas de los diarios;
a cada bocinazo laten los corazones,
y los ojos alertas de los partidarios
se prenden en los “cálculos alegres” de los pizarrones.

Colorados y blancos a la vez aseguran su triunfo,
por creerse los partidos más grandes y mejores;

y los cohetes y las bombas
llenar el cielo de ruido y de colores.

En el portal de un palacio,
la multitud delira
de entusiasmo,
de alegría.
Cientos y cientos de hombres
se han congregado
para aclamar el nombre
de su candidato.

De repente, ante la total indignación,
abriéndose paso a toques de corneta,
y haciendo un ancho tajo en el gentío,
pasa lentamente un automóvil,
y en él una mujer, joven y desafiante,
haciendo flamear al extremo del brazo,
una enorme golilla
con el color del partido contrario.

Gritos, imprecaciones y palabras hirientes
va levantando a su paso,
pero ella, hermosa y audaz,
sigue en su auto
con la enorme golilla
ondulando
al tope de su brazo.

Yo la vi y la admiré en toda su arrogancia,
aun cuando el color de aquel pañuelo
no es el que me enseñaron a amar desde la infancia;
y al pensar que una moza con tal pasión y ánimo
es capaz de cumplir un acto de heroísmo,
sonreí y me acordé de mis abuelas,
porque Rosaura Antuña o Virginia Muñoz,
en sus tiempos mejores,
cualquiera de las dos
hubiera hecho lo mismo
cambiando los colores.

*
* *

Pasa un tranvía, subo,
llego a mi barrio.
Un club y enfrente otro,
los dos iluminados;
en uno luces blancas y en otro rojas,
como en todos los barrios.

El alma popular se acostará esta noche
de blanco y colorado.

Guitarra

Guitarra,
¡cómo estás de aburrida!
con todas tus cuerdas rotas y revueltas,
pareces una de esas mujeres indolentes
que ya ni se peinan de desengañadas.

Siempre los mismos cantos, siempre las mismas notas,
siempre la misma música;
¡cómo estás de aburrida!
Eres como una hermosa mujer del pueblo
a quien todos los hombres le repiten lo mismo.

Tu brazo se ha quedado extendido y sin gracia
en el último ritmo de un desperezamiento;
y tu boca sin cuerdas ya no canta; bosteza.

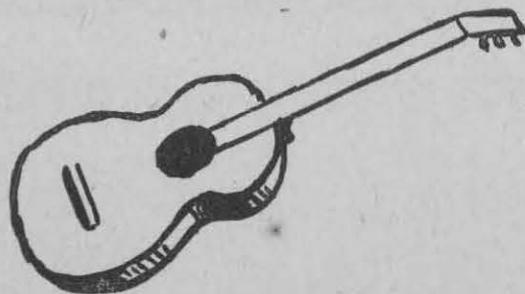
Guitarra:
ya no tienes amantes;
los que dicen quererte
te poseen en público sin amor ni emoción;

precisan auditorio que los oiga y aplauda
en el hábil momento de la posesión.

Guitarra,
no te queda un amante;
¡debe hacer mucho tiempo
que no te ves a solas con un hombre!

Alégrate, guitarra;
en tu boca se hastían los cantos viejos,
pero ha llegado alguien a estar contigo a solas
y a hacerte *madre* de un canto nuevo.

1921



El mate amargo

No sé qué tiene de rudo; no sé qué tiene de áspero;
no sé qué tiene de macho,
el mate amargo.

El sirve para todo;
para lo bueno, para lo malo;
él lava los dolores del pecho a cada trago;
es el cúralo-todo en la casa del gaucho;
alegra la alegría y destiñe la pena,
el mate amargo.

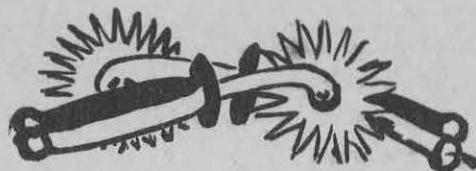
El es contemporáneo de la bota de potro,
y de las nazarenas, y de la guitarra;
pero de la guitarra que usaba cintas
—como las chinas—
cintas celestes o coloradas.

En el campo
no hay boca masculina que rehuse besarlo,
ni manos callosas que no le hagan un hueco
al mate amargo.

¡Cómo me siento suyo; cómo lo siento mío,
al mate amargo!
Yo lo llevo disuelto en la sangre
como un jugo americano.

No sé qué tiene de símbolo,
el mate amargo;
por el pico plateado de la bombilla
canta de madrugada como un pájaro guacho.

1921



El mate dulce

Mate dulce,
pulido por las manos de toda la familia,
pues toda la familia te ha tenido en palmitas.
Mate de los pobres y de los ricos;
inofensivo y oportuno
como una copa de agua, o como un "Padre Nuestro".

Mate dulce:
mis padres, siendo novios,
te saboreaban juntos, exprofeso,
porque hacían de cuenta que se daban un beso.
(Tu boca redonda y abierta,
rodeada por un aro de plata,
se parece al bostezo de la negrita
que te lleva y te trae.)

Mate dulce, juguete
para llenar el hueco de las horas más largas;
pan de las horas sin pan;
entretenimiento
que ataba nuestras manos

soltando como a un ave el pensamiento;
entre los dedos pulcros de las novias
—cansados de la aguja y del breviario—
eras como otra cuenta más grande del rosario.

Mate venido a menos;
bordado
toscamente, bien o mal,
a punta de puñal;
eres la última letra de la palabra pasado.

Tú estabas en las penas y en las alegrías;
tú sazonestabas todos los acontecimientos;
en los velorios o en los casamientos
—de mano en mano y de boca en boca—
con la bombilla como un arma al hombro
te pasabas en vela
como un buen centinela.
Y en las noches oscuras,
cuando las nazarenas de los gauchos
cantaban en las lozas de la calle
como grillos de invierno;
dentro de las cocinas a media luz,
las comadres del pueblo te cambiaban de mano
para hacer la señal de la cruz
en cuanto la lechuza chistaba en los pretiles,
y un aliento, como una bocanada del diablo,
agachaba la llama sucia de los candiles.

¡Mate venido a menos,
 cómo me recuerdas los días de ayer;
 cuando a la hora de la siesta
 velaba una guitarra y una vidalita
 con ausencias de novios y con voz de mujer!
 ¡Mate dulce, corrido de los salones
 y arrojado a la orilla de las ciudades
 como los chingolos por los gorriones!

1921



El Puñal

Puñal,
 eres el arma
 que prefieren los hombres que no temen
 acercarse al peligro.

Tienes mucho de gaucho;
 eres de la familia de la guitarra;
 de los anchos sombreros con barbijo;
 eres el compañero del mate amargo
 y el aliado del poncho.

Mi diestra a cosa alguna
 ha acariciado tanto como a ti,
 porque tu empuñadura es el objeto
 que se amolda mejor a una mano cerrada.

Tu hoja y mi conducta no conocen
 otro camino que el camino recto;
 nos entendemos y nos completamos,
 si yo contigo nunca tuve miedo
 tú conmigo tampoco lo tuviste.

Puñal
 nos completamos:
 tienes mucho de gaucho
 como yo tengo mucho de mi abuelo.

Eres un arma hermosa;
 si en tu puño de plata hay flores de oro,
 tu hoja de acero
 en la primavera de nuestra historia
 ha dado muchas veces flores de sangre.

Encerrado en la vaina tal como en un estuche
 pareces un juguete inofensivo,
 pero si te desnudo tu vaina queda hueca
 como una puñalada que no cerrara nunca...
 pero si te desnudo pareces una brújula
 que tuviera por norte un corazón.

Ahora
 estás en decadencia, ya pasó tu apogeo;
 tú eres de otro tiempo;
 del tiempo de los novios ausentes
 y los jopos románticos;
 del tiempo en que te usaban los caudillos
 hasta con los dedos recién mojados
 en agua bendita.

Entonces te salías de la vaina
 por cualquier cosa, hasta por una cinta;
 la carne te atraía lo mismo que un pecado,
 y al matar perdonabas:
 eras un poco arma y un poco crucifijo.

Puñal,
 la conquista te trajo hasta nosotros;
 viniste con el León y con la Cruz;
 eres un español que se hizo americano
 y en la América india —donde todo era grande—
 te agrandaste dos palmos llamándote facón.

1920



Mancha heroica

Lienzo verde del campo sobre el cual el desnudo
se aprestaba a volcar pomos rojos para el cuadro del duelo.
Ante dos escuadrones de gauchos melencidos y recios
se *cortaron* solitos los jefes, recogidos los pingos al freno.
Dos caballos, dos hombres, dos lanzas, y un solo desvelo.
El coraje se iba agrandando en la carne hecha miedo.
Banderolas, golillas y crines se estiraban de viento.
El silencio rodaba cribado en las férreas coscojas del freno.
Dos caballos, dos hombres, dos lanzas y un solo desvelo.
El coraje se iba agrandando en la carne hecha miedo.
Ante dos escuadrones de gauchos melencidos y recios
se *cortaron* solitos los jefes, recogidos los pingos al freno
y en un pique fantástico uno a otro se fueron.

Corajudos y hábiles ambos, se cruzaron violentos.
En esgrima primaria las lanzas una a otra se abrieron,
y pisando los campos contrarios, tras el bote tremendo,
dando vuelta en el aire a los fletes, como seda en el freno,
otra vez frente a frente quedaron y otra vez se embistieron.

Ahora sí se atracaron las lanzas, ahora sí se mordieron;
se quedaron prendidas un tanto —medias lunas de fierro—
a compás recularon los pingos en la rienda sujetos;
en un pique de abajo los gauchos se buscaron los cuerpos;
en esquivé formal tras las tablas del pescuezo se hundieron
y por sobre los tuses cuidados las dos lanzas pasaron de
[nuevo.

Pero una rajó medio hombro y la otra una orilla del pecho.
“Se tiñeron de sangre las chuzas” —comentaron cien voces
[de acero—;
mientras tanto un caballo dispara, el jinete en el suelo,
parte un *tiro de bolas* parando al caballo sin dueño.
Un clarín espolea las almas incitando al degüello;
y los dos escuadrones armados —boleadoras y fierros—
dando puerta al coraje encerrado en el brete del pecho
viven ese episodio tan nuestro que se llama *entrevero*.

Y después del combate tremendo:
mientras unos despenan los vivos, otros andan carchando
[los muertos.

De lo alto girando bajaba rulo negro de cuervos.
En la carne celeste del aire picoteaban su grito los teros.

El Sendero

Sendero:

eras un gran camino mentado y pintoresco,
 con tu trillo de ruedas y con tus hendiduras
 profundas como pozos
 que parecían trampas para cazar carretas.
 Eras tan pintoresco, que una tarde
 un pintor melencólico, con su boina y su pipa,
 llegó de la ciudad para pintarte.
 Eras un gran camino, y sin embargo,
 los hoscos carreros que guiaban sus bueyes
 — armados de paciencia y de picanas —
 pasaban por ti renegando
 siempre renegando...
 hasta que un día no pasaron más.
 Y como los yuyos son buenos amigos
 de la soledad,
 te cubriste de yuyos.
 Solamente en el centro te quedó un caminito,
 un sendero de hormigas
 por el que van a misa las viejas del pueblo.

Sendero:

eres igual que yo:
 siempre estás en reposo y siempre estás de viaje.
 Eres un gran camino que se esconde entre el pasto
 para vichar el cielo por sus peladuras.

¡Sendero:

eres un camino que tiene vergüenza!

1920



Timba

Abajo, la carpeta;
arriba, la luz;
en derredor, las caras
color verde luz.

Una mesa de juego verde y redonda
es como una laguna;
y una *carta* en el medio es como una sirena.

El banquero tiene la vida en las manos
y los jugadores, la vida en los ojos;
y los ojos atados por un hilo incoloro
a la *carta* esperada que ha de saltar del mazo
cual si fuera la tapa de un cofrecillo de oro.

Las manos del que talla son manos de mujer;
con una oprime el mazo y con la otra *tira*;
no hay un entredicho, no hay una disputa,
todos están solos con sus emociones;
la mano del banquero es como una batuta
dirigiendo una orquesta de corazones.

Una voz dice: juego; y otra: un peso más.
—Ahí viene.

—Está en la *boca*.

—Es un *cuatro*.

—Es un *as*.

Y los cuerpos, ávidos, se van inclinando
como si la ranura por donde entra la coima
como una boca bruja los fuera succionando.

Alguien que está a mi lado,
— con palabra dolida y usando amargos modos —
me dice algo vulgar, más o menos así:
“lo mismo que en la vida,
la suerte es una hembra que pinta para todos
menos para mí”.

Y con el pecho clavado en la tabla
por los martillazos de mi corazón,
yo también espero que pase *la suerte*,
porque la esperanza
siempre marcha delante de la desesperanza.

Y esperando, esperando, me despeinan las horas;
la luz ya está en los vidrios hiriendo mi pupila;
cuando no se ha dormido
el sol pesa en los hombros igual que una mochila.

¡Otra noche perdida,
 luego de horas inútiles clavado en una silla!
 Me incorporo y observo que el espejo
 —fotógrafo macabro—
 obtiene una instantánea de mi mascarilla.

Al salir del garito me cruzo con el día;
 y miro con envidia el primer artesano
 —de manos rotas pero de rostro sano—
 que se sienta a mi lado en el primer tranvía.

1925



Poema vulgar a mi caballo tordillo

Solos, en el campo,
 yo, mi caballo y un árbol.
 Solos, en el campo bajo el cielo rosillo;
 mientras galopan las lomas
 con el chasque del anochecer.
 Solos en el campo limitado por cerros
 y colinas,
 al tiempo en que florecen en mi oído
 —luciérnagas sonoras— los cencerros
 de las yeguas madrinas.

Un río está cambiando su plata en oro,
 como un pájaro que mudara de plumas;
 un monte siempre verde
 se apreta en su verdor quedando oscuro.
 Un camino trillado se recuesta
 a la orilla del cielo.

El sol próximo a hundirse y la luna naciente
 parecen las copas redondas del freno.

Juguetón en la coscoja —flor de fierro—,
y atado rienda arriba,
con el pescuezo en arco
mi tordillo relincha.

¡Lindo mi caballo tordillo:
fornido en los encuentros,
alto de cruces,
la trompa acarnerada, los remos finos;
anca avestruz y vasos de potrillo.
Cosquilloso de abajo, alegrón en el genio,
“buen cómodo” al andar y en el correr ligero;
ligero como para bolear ñanduces
por debajo del freno.

Inquieto y vigilante,
las orejas como antenas:
todos los ruidos del pago
se esconden en sus orejas.

Atado del cabestro;
pisando su propio trillo;
coscoja que te coscoja,
relincha que te relincha
mi tordillo.

En estas tierras del Plata
¡lo que fué el caballo!...

(En estas tierras
él fué la mitad del gaucho.)

(La mitad de la épica,
la mitad de la historia;
los tres cuartos del triunfo
y el todo en la derrota.)

¡Lindo mi caballo tordillo
para una carga a lanza;
para bandear ⁽¹⁾ un río;
para orejear una esperanza;
y lindo también
para llevar una moza en ancas otra vez!

Era así como éste mi caballo de ayer:
así como éste,
aquél.

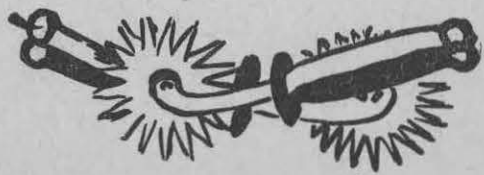
Tordillo negro de hoy;
drama de mi madurez;
no me llevas al este, ni al oeste,
ni al norte, ni al sur, en tu recio trotón:
me llevas al ayer
y a la juventud
por el rumbo del corazón.

(1) Bandear: atravesar de banda a banda.

Tordillo anca ñandú:
 ágil y coscojero
 mismito como aquel que tuve un día;
 ¿para qué te quiero,
 para qué volcar sobre tus lomos la chafalonía
 cantora de mi apero?

Tordillo:
 aquel que tuve enantes era mejor que vos;
 vos tenés el defecto de ser ¡ay! estrellero,
 y lo peor es que
 ¡me has hecho estrellero a mí también!

1933



Vidalitay

Yo era un hombre pálido
 de sabiduría;
 y en mi corazón
 — vidalitay —
 nunca amanecía, siempre anochecía.

Yo era un poeta
 pálido y marchito;
 en mi corazón nunca ardía un arresto
 — vidalitay —
 ni en mi boca un grito.

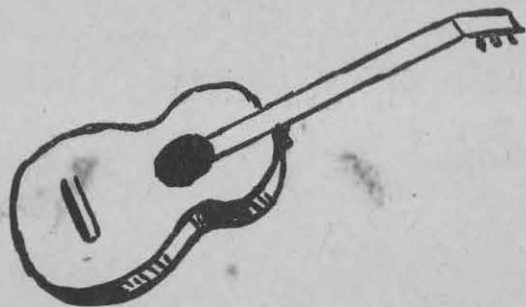
Sin saber del bien,
 sin medir el mal,
 encendí mis albas con mujeres rubias,
 y alumbró mis albas
 — vidalitay —
 luz artificial.

Manchado de orgía,
 alto y decadente,

yo me desteñía
 — vidalitay —
 como un sol poniente.

Mi barro era bueno,
 mi alma mejor;
 y unas manos puras me hicieron de nuevo,
 con un poco de llanto
 — vidalitay —
 y con una brazada de amor.

1921



El Tango

Tango milongón,
 corazón del arrabal;
 eres como una viruta musical,
 como una viruta de bandoneón.
 Como una queja que se estira
 produciendo escozor y placer;
 eres una música que se respira,
 que tiene forma curva y que huele a mujer.

Música primitiva pero civilizada,
 que calienta la sangre y emborracha a las gentes;
 una música rara,
 que se acompaña con el cuerpo,
 y con los labios, y con los dientes,
 como si se mascara.

Pegajosa como la miel,
 y que fatiga sin fatigar;
 resbala por los nervios como por un riel,
 y se baila con los cinco sentidos
 puestos en el bailar.

Tango:

por entre la cadencia de tu música queda
yo palpo la dureza viva del arrabal,
como por entre una vaina de seda
la hoja de un puñal.

Tango milongón,
tango compadrón

que a pesar de bailarse *con todas las ganas*
se baila como sin ganas,
como en carriles de lentitud:
eres un estado de alma de la multitud.

1921



Las manchas

Mi caballo era oscuro y tenía
una mancha en la frente;
y tenía en las patas los cuatro cabos blancos
como de haber cruzado por un río de leche.

De las ancas lustrosas
le caía la cola
como una cabellera que se desmorona.

Mi caballo era oscuro y tenía
las manchas blancas,
por eso tanto me miraba en él.

(Yo también tengo manchas,
pero no se me ven:
las manchas de los hombres
son del mismo color de la piel).

1921

Versos al modo popular

Me gusta todo lo lindo,
la mirada de los cardos;
el sol, como un as de oros
en el oriente pintando;
las dos manos que se juntan
en el techo de los ranchos.

Me gusta todo lo lindo,
el pastito de tu voz;
los caminitos celestes
que en tu cuerpo dibujó
—mojando el dedo en el cielo—
la mano de Tata Dios.

Me gusta lo que me gusta
y soy de buen exigir;
la *ese* que en tu silueta
no tiene empezar ni fin...
me gusta que digas *no*
estando pensando en *sí*.

Me gusta todo lo lindo,
un *abanico* de naipes;
una milonga *punteada*,
un verso con gusto a naides,
y ese *saber* no aprendido
que *saben* los que no saben.

Me gusta todo lo lindo,
la luz cantando en un pájaro;
tu cuerpo al sol y a la espuma
en las playas del verano;
¡y una divisa celeste,
y un chiripá colorado!

Me gusta lo que me gusta,
amar hasta con dolor;
bailar una zamba-cueca
con flauta, caja o tambor...
¡me gusta *roncar* despierto
y en sueños, llorar por vos!

Artigas

(ORACION POPULAR)

Padre Artigas que estás en mi sangre,
Padre Artigas que estás en mi boca;
Padre mío que estás en el cielo,
Padre nuestro que estás en la gloria.

Que estás en el árbol, que estás en el fruto,
que estás en el viento que silba en la hoja;
que estás en la guampa pulida del toro,
y en el ojo mirón de la Historia.

Que estás en el pecho pimpollo, del niño
como en los pichones del ave, la fronda;
que estás en el llanto, que estás en la risa,
y en la O que forman, al cantar, las bocas;
en el hombre ilustre de galera alta,
y en el hombre paria de alpargata y gorra.
¡Padre mío que estás en el cielo,
Padre nuestro que estás en la gloria!

Que estás en el sable: ¡huy...! de Lavalleja
al gritar la orden de carga, famosa;
y en el crudo arreador de Rivera
— Mariscal de las botas de lonja —
que se trajo las agrias "Misiones"
en el tiento genial de su soga.

Que estás en la aurora ¡ay! de la Agraciada,
"Libertad o Muerte" rezando las bocas;
y en el bronce ardiente de los trabucazos,
y en las medias lunas, y en las tercerolas.

En el latigazo que cruza las ancas
del potro, en la lidia brutal de la doma;
en la vidalita que cantan las chinas,
en los seis suspiros que encuerda la viola,
en todos los versos de don Juan Zorrilla
y del Viejo Pancho en los "Jhopa... Jhopa..."
¡Padre mío que estás en el cielo,
Padre nuestro que estás en la gloria!

Que estás en el tajo frontal de las vinchas,
y de las golillas, que en abrazo ahorcan;
en el grito-púa que los teru-teros
clavan en la carne verde de las lomas;
en la vara de fierro que el gaucho
lleva atravesada entre las caronas;

en la trenza redonda del lazo,
 en el arco iris sin luz de la argolla,
 y en el beso de cielo y de tierra
 — que deja las huellas de su tinta roja —
 cuando se unen la noche y el día
 en el horizonte, boca contra boca...
 ¡Padre mío que estás en el cielo,
 Padre nuestro que estás en la gloria!

Que estás en la frase de luz que pronuncia
 el naípe del sol cuando pinta en la loma,
 y en el golpe que el hombre del pueblo
 pega en los "estaños", con su mano tosca,
 pidiendo una copa de vino o de cielo
 con voz requintada de tensa bordona.

Y en la estrella sin luz de la espuela
 — estrella apagada, cantante "llorona" —
 y en el zumo a historia que huelen las lanzas,
 y en las "tres marías" de las boleadoras...
 ¡Padre mío que estás en el cielo,
 Padre nuestro que estás en la gloria!

Que estás en la lucha civil del deporte,
 cuando los "celestes" copan la victoria,
 y en esa chispita roja del coraje
 que a tantos le falta y a ellos les sobra;

y en el alarido de "gol"... que es el fútbol;
 y en el "trago" que ensucia las bocas,
 y en el negro Ansina, tizón hecho perro,
 que cebando mate se metió en la historia,
 y hoy canta en el parche de los tamboriles
 un canto que a veces parece que llora...
 ¡Padre mío que estás en el cielo,
 Padre nuestro que estás en la gloria!

Que estás en el ancho tablón de las leyes
 civiles y audaces, que alzamos con honra;
 por las cuales el mundo nos mira
 con ojos redondos de mirar antorchas;
 y en el borbollón negro de estos versos
 que saltan en chorros de mi pecho y boca,
 tal como puertean las negras puebladas
 cada vez que cumplen con sus "ocho horas".

Tu alma está bullente, Santo Padre nuestro,
 en este entrevero que mi labio evoca;
 en este entrevero jugoso y prosaico
 de estrellas y hombres, de hechos y cosas,
 como está en potencia la sangre y el cuerpo,
 el cuerpo y la sangre de Cristo en la hostia...
 ¡Padre mío que estás en el cielo,
 Padre nuestro que estás en la gloria!

1950

Recitada por su autor, en la ciudad de Asunción, bajo el Arbol
 de Artigas, el 23 de Setiembre de 1950, conmemorando el Centenario.

Canciones

EL NIDO

Los árboles que no dan flores
dan nidos;
y un nido es una flor con pétalos de pluma;
un nido es una flor color de pájaro
cuyo perfume
entra por los oídos...

Los árboles que no dan flores
dan nidos...

1920

¡AY!

(VIDALITA)

Yo me sonrío y me río
— vidalitay —
por ver si cubro mis penas;
y aunque en ello pongo el alma
— vidalitay —
sólo lo consigo a medias;
es como guardar espinas
— vidalitay —
dentro de un papel de seda.

1940

VIRGENCITA DEL AIGUA

(MOTIVO URUGUAYO)

Virgencita del "Aiguá"
Que se mira y no se toca;
Ponete el sombrero y vamos
Que se me hace agua la boca.

Decime dónde vivís,
Decime dónde soñás,
Que aunque sea en el fin del mundo
Yo te he de ir a buscar.

Virgencita del "Aiguá"
Yo no quiero ir al pueblo,
"Pueblo chico infierno grande"
Siempre decía mi abuelo.

Decime dónde vivís,
Decime dónde llorás,
Con mi pañuelo bordado
Tus ojos he de enjugar.

Pa saber poner tu nombre
Ayercito entré a la escuela;
Voy a escribirlo, a escribirlo
Hasta gastarle las letras.

Decime dónde vivís,
Decime dónde comés,
Pa juntar las cascaritas
Que hayan caído a tus pies.

Los cerros lloran, a veces,
Llantos de lluvia hasta el bajo,
Yo lloro llantos de sangre:
¡Mira que soy desgraciado!

Decime dónde rezás,
Decime dónde vivís,
Y pa'ir a yelarte el sueño
Decime dónde dormís.

1942

TUPA MBAE

(MOTIVO GUARANI)

Decime donde vivís
que quiero el lugar saber,
porque donde vivas tú
 ambaé
Tupá vivirá también.

La casita en que habités
tendrá flores, tendrá miel;

y el sol saldrá para ti
 ambaé
después de salir para EL.

Tendrás un mburucuyá
que planta bendita es;
las flores, para rezar,
 ambaé
los frutos, para comer.

Bajo un árbol estará
la hamaca colgando de él,
y durmiendo bajo el cielo
 ambaé
verás las lunas crecer.

A despertarte, Tupá
llegará al amanecer;
te pondrá el dedo en los ojos
 ambaé
y tú no sabrás quien fué.

Tendrás un mburucuyá
que planta bendita es;
las flores, para rezar,
 ambaé
los frutos, para comer.

1942

Milonga para todos ⁽¹⁾

Aquí me pongo a cantar
al compás de esta guitarra;
no tiene cintas celestes
ni blancas ni coloradas,
no es guitarra con bandera,
es nada más que guitarra.

Tanto me puede escuchar
el criollo como el gringo,
y ninguno de los dos
se ha de sentir ofendido;
los aprecio por igual
y hacia los dos me dirijo.

Yo no necesito cintas
para sonar de adeveras,
me basta embrazar un palo,
un palo hueco y con cuerdas;
en las violas de tal palo
cabén todas las banderas.

(1) Se coloca esta "milonga" al final, porque ella inicia una nueva orientación estético-racial en la poesía del autor, contenida en los "Poemas gringos", posteriores a estos "Poemas nativos".

Y canto, y he de cantar
aunque se apaguen las velas;
aunque ninguno me escuche,
aunque me pasen la cuenta,
aunque me nieguen un trago,
aunque revienten las cuerdas.

Lo que tengo que decirles
a toditos interesa,
tanto al criollo como al gringo
basta que esté en esta tierra;
por dentro somos iguales,
la diferencia es por fuera.

Pero esa diferencia
se ha de borrar a la larga;
el sol y el aire de América
ha de emparejar las caras;
cuanto a las almas, hay una,
ni blanca ni negra: humana.

El que nació en este suelo
como el que vino de otro,
y aquí vive y le va bien
y sus hijos nacen criollos,
es de aquí como el que más,
como un cardo o como un potro.

La ley acá es para todos,
la ley no mira el color;
para todos el trabajo
el dulzor o el amargor;
cualquiera sale de pobre
con baquía y con sudor.

Yo soy gaucho y le abro cancha
al que quiera trabajar;
que venga de donde venga
ya dejó de interesar;
al que tenga buenos brazos
la puerta de par en par.

Pero un momento, paisanos,
eso sí, tengan en cuenta
que aquí tenemos relojes
para relojear conciencias;
traigan la bolsa vacía
pero tráigannos decencia.

Y ya está dicho, aparceros
—que a todos doy este nombre—
sepan llevarlo con honra
y que nunca se les borre;
éste es el canto de un gaucho,
éste es el canto de un hombre.

Indice

| | Página |
|---|--------|
| El pago | 5 |
| A un río | 10 |
| El ombú | 12 |
| El indio | 14 |
| Canción al Paraná Guasú | 17 |
| La bola | 18 |
| Pampa y viento | 19 |
| Canto a un lago de América | 20 |
| Los potros | 22 |
| Gaucho | 24 |
| La nazarena | 26 |
| El payador | 28 |
| Arbol dorado | 31 |
| El rancho | 32 |
| Leyenda de la flor de ceibo | 35 |
| El poncho | 36 |
| El pericón | 38 |
| Bajo un árbol | 41 |
| La carreta | 42 |
| Brujería | 45 |
| Paisaje de verano | 47 |
| Parando rodeo | 48 |
| Alma en pena | 50 |
| Corral de piedra | 51 |
| Canto de Chingolo | 53 |
| La taba | 56 |
| Paisaje al ponerse el sol | 57 |
| El clarín | 58 |
| El buey | 60 |
| Captán de mis sombras | 62 |
| El caudillo | 65 |
| Hombres rubios en nuestros campos | 68 |
| El sauce | 70 |
| Canto al hombre esperado | 71 |
| Elecciones | 74 |

| | <u>Página</u> |
|--|---------------|
| Guitarra | 78 |
| El mate amargo | 80 |
| El mate dulce | 82 |
| El puñal | 85 |
| Mancha heroica | 88 |
| El sendero | 90 |
| Timba | 92 |
| Poema vulgar a mi caballo tordillo | 95 |
| Vidalitay | 99 |
| El tango | 101 |
| Las manchas | 103 |
| Versos al modo popular | 104 |
| Artigas (oración popular) | 108 |
| Canciones: | |
| El nido | 110 |
| ¡Ay! (vidalita) | 110 |
| Virgencita del Aiguá (motivo uruguayo) | 111 |
| Tupa Mbaé (motivo guaraní) | 112 |
| Milonga para todos | 114 |

Esta edición de "Poemas Nativos" de Fernán Silva Valdés, con ilustraciones del escultor Sr. Gervasio Furest, se terminó de imprimir en Montevideo, el día 30 de julio de 1951. Los números al pie de cada poema indican el año en que se publicaron en libro por primera vez.

En esta fecha se cumplen los TREINTA AÑOS de "Agua del tiempo" (año 1921), aniversario que EL PALACIO DEL LIBRO conmemora con esta 9ª edición, en homenaje a su autor.